

grandes revolucionarios muy parecidos a Robespierre en este aspecto.

No es que nosotros pretendamos defender a Robespierre. Nos parece que su figura está en una ubicación tan señera que ni aun estos estudios científicos, o pseudo científicos, podrán destruir el papel preponderante y de primera magnitud que desempeñó Maximiliano Robespierre en un período de la historia. Pero es que se convierte el libro en un verdadero panfleto... científico, si así pudiéramos llamarlo, llegando a hacerse intolerable, pues este sabio hasta en la manera de sonarse las narices encuentra un desequilibrio mental u orgánico que le explica el por qué un individuo se las suena de una manera y no de otra. Es la rigurosidad llevada a la exageración más petulante.

Nosotros no sabemos si las anormalidades físicas o las enfermedades puedan influir en el talento de un individuo. Es algo de que los entendidos se han ocupado más de alguna vez. Según von Henting, todos los defectos biológicos y mentales de Robespierre hicieron de éste un mediocre. ¿No habrá otro que de esto mismo desprenda su grandeza? ¿Acaso Baudelaire fué gran poeta debido a la sífilis o dejó de serlo por poseerla? ¿Acaso Dostoiewsky fué un gran novelista por ser epiléptico o no lo fué a causa de ello? ¿Influyó la tuberculosis en la agudeza y penetración de la obra de Lawrence o debido a ella la obra de este artista no tiene estas cualidades? Quizás... De todas maneras no faltará quien lo diga, si es que ya no se ha dicho numerosamente.—A. T.



IMAGINERO DE LA INFANCIA, por *Lautaro García*.—Editorial Ercilla.

Este libro—válganos el símil por gastado que esté—es como un cofre de recuerdos. De recuerdos que la distancia embelleció

y a los cuales la niñez les otorgó un prestigio que linda con lo maravilloso. Sólo en esa etapa de la existencia humana es posible mirar el espectáculo del mundo a través de un prisma tan bello, porque cuando ya los años nos van cargando, la realidad tiene un carácter apremiante y persistente que aleja al hombre de la facultad de soñar. En la desesperante monotonía diaria es difícil encontrar, por no decir imposible, el tesoro de limpias emociones que agitan el corazón de un niño, como si lo tocaran los dedos sutiles de un hada para llevarlo por caminos en donde se confunde la realidad con la fantasía.

Un niño siempre está inclinado hacia lo irreal, hacia lo maravilloso, máxime cuando en él se albergan en potencia todas las facultades de un artista enamorado de la belleza, que es una amada que por más que se le rinda un culto fervoroso nunca se nos entrega totalmente. Tarea difícil es escribir sobre las sensaciones de un niño por más que al evocarlas se haga a través de uno mismo, cuando ya se vive la plena madurez espiritual. Cuesta conciliar aquel encanto ingenuo y crédulo que caracteriza la mentalidad de la infancia, con la manera de mirar la vida que hay en un hombre buscando en su intimidad de recuerdos lejanos, las más ocultas y hondas resonancias. Guiarse únicamente por lo que le sugiere el sentimiento, que seguramente se estremecerá como una hoja tocada por el viento, cuando aquello que surge en la luz evanescente del pasado, persiste en la sensibilidad como un largo y dulce latido.

¡Escribir! ¡Qué cosa tan atrayente y a la vez tan inmensamente difícil! ¡Cómo queda siempre en el corazón, una especie de angustia de no haber podido traducir fielmente aquello que sentimos germinar en el cerebro tan hermosamente! Nunca en la realidad de una concreción artística se logra transparentar totalmente... Hay siempre algo que se escapa como el agua clara entre los dedos, en las palabras que no consiguen aprehender el secreto de robarle a la belleza su gema más pura. Y no obstante estas consideraciones que pueden ser muy personales, yo creo

que Lautaro García, puede estar, sino completamente satisfecho, por lo menos muy contento de que en su libro haya logrado captar delicados matices del sentimiento, y también hermosas visiones que su alma de niño guardó en lo íntimo, como una luz recóndita, que ahora el artista vierte, transformado en licor al cual el tiempo dió calidad y aroma.

Porque en este libro el autor ha hecho, algo así como una escapada hacia el pretérito. Con pasos sigilosos, breves, temblando a cada instante de darse un brusco estrellón con la realidad, que derrumbe ante sus ojos ese clima maravilloso y huya de él como un pájaro asustado, de la febril estridencia que caracteriza la existencia actual. Es un trabajo en que entra por completo la sensibilidad del hombre, porque todo es un rumor confuso, algo así como la melodía de una canción, cuya armonía desvaída e inconsistente, no se puede precisar.

Sin embargo, Lautaro García ha conseguido alcanzar un verdadero triunfo sobre sí mismo, retrotrayéndose íntegro a sus días de niño. Es él, quien se ha escapado de la labor rutinaria y desesperante, hacia el pasado. Y al contarnos su viaje de ensueño lo hace a través del alma, con una emoción que se vierte como la luz del sol en el agua transparente. Es un poeta cuyas antenas espirituales cogen con fina percepción, toda la belleza que la naturaleza y los acontecimientos van depositando en el tiempo. Hay en su prosa una rara armonía, un equilibrio que es más bien serenidad ligeramente estremecida por el sentimiento. No es un manantial que surge a chorros desbordado y tumultuoso, sino que algo así como una instilación de matices emocionales que fueran cayendo sobre un cristal, para suscitar en él, tenues vibraciones. En algunos trozos el pensamiento ha aflorado con aciertos de expresión, sencillamente admirables:

«A media tarde el viento que venía del mar ceñía la casa con una vibrante guirnalda de frescos rumores, se entretenía en remecer el traje nupcial de los manzanos, la circundaba de ruidos vagos que parecían provenir de un arroyuelo invisible. Era un

viento joven que por momentos permanecía aquietado en los rincones de los corredores, fatigado de sus juegos mañaneros con el mar y de sus correrías por las montañas de donde traía el perfume del laurel; luego se deslizaba en puntillas, temeroso de quebrar la somnolencia de la siesta y dando un golpazo de muchacho atolondrado a la puerta que se oponía a su deseo de volar, salía de nuevo a correr sobre las colinas, dejando en el aire quieto el trompo aéreo de mil plumillas de cardo».

Trozos como este abundan en este libro, que parece estar traspasado por aquel viento joven de que habla García. En él no hay argumento de ninguna especie, ni se sigue una línea determinada en el tema. Sin embargo, tiene un singular encanto de atracción, un raro incentivo, hecho de gracia, de amenidad y simpatía. Desde él, como desde un pórtico iluminado, se divisa un camino lleno de bellos accidentes, que han de ser los triunfos que García seguramente seguirá obteniendo en sus obras futuras.—LUIS DURAND.



POLVO DE DÍAS. Versos, por *Luisa Luisi*; Editor: *Máximo García*. Montevideo, 1953.

Nos deja un poco desorientados este libro de *Luisa Luisi*. No en cuanto a la forma, de la que nada tenemos que decir, ni quizá en cuanto a potencia. Es de su esencia misma, en la que no podemos determinar, precisamente, lo esencial, lo íntimo. Algo de alambicado, de intelectual y estéticamente cosmopolita, destilan en nuestra sensibilidad los versos armoniosos de esta poetisa uruguaya. Un algo así como un perfume cósmico, que vaga, inasible, como vaga el espíritu de Jehová por sobre el haz de las cosas, a través de las páginas de este libro;